

VIII.

M. R. P. VICARIO DE LA PROVINCIA FR. PEDRO RICART.

Añ-Taú, 10 de Diciembre de 1873.

Venerado Padre: Hace cerca de un año que estoy en este distrito, y apenas he tenido un minuto desocupado. Estudiar esta nueva lengua, examinar las costumbres de los cristianos, su fé, su religion, observar su conducta y su porte con los paganos, investigar las disposiciones de los gentiles y meditar lo que me parecia mas oportuno para la conversion de estas gentes; tales han sido mis continuas ocupaciones.

Con todo, no es esta la causa de no haber hecho este año relacion alguna, principalmente sobre la persecucion de Ping-hài. V. R. está perfectamente enterado por las cartas del Sr. Gentili y del P. Alier de los tristes y funestos acontecimientos del dia del Rosario. Esta violenta persecucion localizada al principio en Ping-hài, pronto se extendió por todo el territorio de Kái-kúa, la parte más importante y más floreciente de este distrito. Triste cosa es tener que contar solo sucesos desconsoladores y referir solo insultos, atropellos, robos, violencias y vejaciones. Por otra parte esperaba tener el consuelo de participar á N. P. Provincial (R. I. P.) el desenlace de este tragedia. ¡Esperanza vana que no ha hecho más que atormentar mi corazon! Esta ha sido la causa de mi silencio. Ahora estamos ya

á fines del año, y aunque con el corazon oprimido de tristeza y el alma penetrada del mas profundo dolor, no tengo mas remedio que escribir cuatro líneas para cumplir con mi obligacion.

Poco despues del fatal atentado de Píng-hài el Fù, primera autoridad de Híng-húa mandó un Vèi-ùen, ó mandarin comisionado, con el fin de entender en este asunto. Pronto este delegado se volvió por el mismo camino, sin haber hecho otra cosa más que recibir unos cuantos pesos. Este modo de proceder, léjos de imponer un saludable temor á los malévolos, no hizo mas que fomentar su desvergüenza y dar pábulo á su insolencia. Nuestro Cónsul de Emuy volvió á instar al Tô-tái, residente en la misma ciudad, y prefecto ó superintendente de los mandarinatos de Híng-húa, Tsuên-chíu y Bing-chóùn, y éste le prometió arreglar el asunto de Píng-hài. Pero, ¡ah! ¡Emuy está muy lejos! y si el Tô-tái mandó á las autoridades de Híng-húa que hiciesen justicia, éstas regularmente no le entenderian. Con todo, algo hicieron. El jefe de los bandidos de Píng-hài se presentó en el tribunal del Pò-tiên Hién al gobernador de la ciudad de Híng-húa y su propio distrito, para que le castigára. Este le mandó dar unos cuantos azotes, y le exhortó á que se enmendara, segun vimos por la respuesta que dirigió al Tô-tái. Esta especie de pantomima tuvo sus resultados. Empero ¡qué resultados! Apenas volvió á su casa aquel bandido, cuando destruyó la de su vecino, residencia de dos cristianos ancianos y un niño. Los robos, las vejaciones, los insultos y las impiedades fueron mas frecuentes. Las mujeres no podian venir á la capilla sin ser objeto de las burlas mas escandalosas que

imaginarse pueden; y temiendo un día ser atropelladas, no tuvieron mas remedio que encaramarse por la muralla para no ser vistas de aquel demonio. Instóse de nuevo al Tô-tái, manifestándole que léjos de enmendarse aquel infame, no habia hecho mas que crecer en lá maldad, y entregarse sin freno á la violencia é iniquidad. Movidó este mandarin por las nuevas instancias del Cónsul, mandó de nuevo á las autoridades de Híng-húa que compusiesen este negocio. Entonces por primera vez el Pò-tiên Hién publicó su Piû, mandando á tres de sus principales satélites que fuesen á Píng-hài, y que en compañía del Têi-pò, especie de alcalde, y de los alguaciles de Píng-hài examinasen este asunto, y que le manifestasen por escrito el resultado de sus investigaciones. Entonces esperábamós se nos haria justicia: pero nuestras esperanzas salieron tambien fallidas. Los satélites del Hién, no se dignaron ir á Píng-hài; sino que encargaron á un cualquiera que fuese en nombre suyo. A éste se le preguntó en la capilla de O-náng ¿porqué los tres empleados espresados en el Piû del Pò-tiên Hién no fueron á Píng-hài? Respondió: estan enfermos. El mandarin de Píng-hài, especie de vicegerente del anterior, le hizo la misma pregunta; á la que respondió: han ido con el Hién á otra parte. Con estos principios nada bueno se podia esperar. En efecto, despues de algunos dias el Fúen-Hién contestó á su superior en nombre de todos, que no habia nada de lo que nosotros deciamos, que despues del castigo que le dió al Kfeù-ngôu-rò, su conducta habia sido irrepreensible, y que yo era español lo mismo que el P. Alier. Esto último no venia al caso; porque ¿qué importa que yo sea es-

pañol ó que sea francés? Si hay razon, hágase justicia. Si no la hay, tampoco hay necesidad de acudir á estas necedades. Omito otras cosas que el Fuén-Hién decia en su respuesta; parte falsas, parte exageradas, y todas cosas viejas, que no tenian que ver nada con el asunto de que se trata. Con todo, segun este escrito, el Tô-tái de Emuy contestó al Sr. de Ortega, tratando con bastante indignidad al P. Nicolás y al catequista Bilong. Nuestro noble Cónsul no se dió por satisfecho: pues bien sabia que nosotros no le engañábamos, y asi volvió á officiar una y otra vez. En este estado se halla nuestra causa. Los daños que ha causado á este distrito son incalculables. Y como yo no puedo remediarlos, no me queda mas que llorar, y gemir, y orar, y suplicar á las almas santas se acuerden de estas afligidas cristiandades ante la presencia del Padre de misericordias y Dios de toda consolacion. Unos se mofan de nosotros, otros nos insultan, otros nos atropellan. Nuestros proyectos no pueden ponerse en ejecucion. Tenemos que replegar nuestras alas. Levantaos, Señor, y juzgad vuestra causa. Sean dispersados todos vuestros enemigos, y vuestro santo nombre alabado de todas las gentes.

No: no permitirá el Señor que esta mision sea aniquilada. Una prueba de esto es el fervor siempre creciente de los neófitos. Es verdad que no todos cumplen con su deber; pero la mayor parte de ellos purificados con el fuego de la tribulacion, se han cimentado en la humildad, se han fortificado en la fé, y crecen todos los dias en la devocion. Y como si el Señor quisiera poner un cerco al territorio de Píng-háy, para que, si precisados por la violencia de la persecucion, nos viesemos obligados

á abandonar, no lo abandonásemos del todo, derrama sus gracias en abundancia sobre un pueblo llamado Láu-rò, que está á cuatro leguas de Píng-hài, y á seis de este pueblo. De modo que está casi en medio del camino desde Añ-táu á Píng-hài. En los pueblos vecinos hay unos trescientos neófitos, y en el mismo pueblo de Láu-rò, Dios mediante, bautizaré en la fiesta del Santo Niño unos cincuenta catecúmenos dispuestos ya, y preparados para ser reengendrados con las aguas saludables del Bautismo. Por estas causas y otras no menos atendibles acabo de edificar una capilla en aquel pueblo, para que en caso de necesidad nos sirva tambien de fortaleza, desde donde podamos con mas facilidad hacer nuestras correrías al territorio de Píng-hài. Aquellos fervorosos neófitos y catecúmenos han contribuido con mas de la mitad de los gastos. Dios bendiga nuestros buenos deseos, y V. R. acuérdese frecuentemente en sus fervorosas oraciones de estos pobres cristianos, para que el Señor calme la persecucion, ó los colme de gracias espirituales para que no desfallezcan en la tentacion.

Que Dios conserve á V. R. muchos años, son los deseos de su menor súbdito y S. S. Q. B. S. M.

FR. SALVADOR MASOT,
del Orden de Predicadores.